

¿HA ADQUIRIDO USTED YA
El despertar de un pueblo

Comentarios al advenimiento de la
República, sus causas y sus efectos

Sensacional folleto por Alfonso Martínez Rizo

PRECIO: 50 CENTIMOS

con fotografía-regalo de Francisco Maciá

y

La República tres veces Laica

del mismo autor

con prólogo de Angel Samblancat

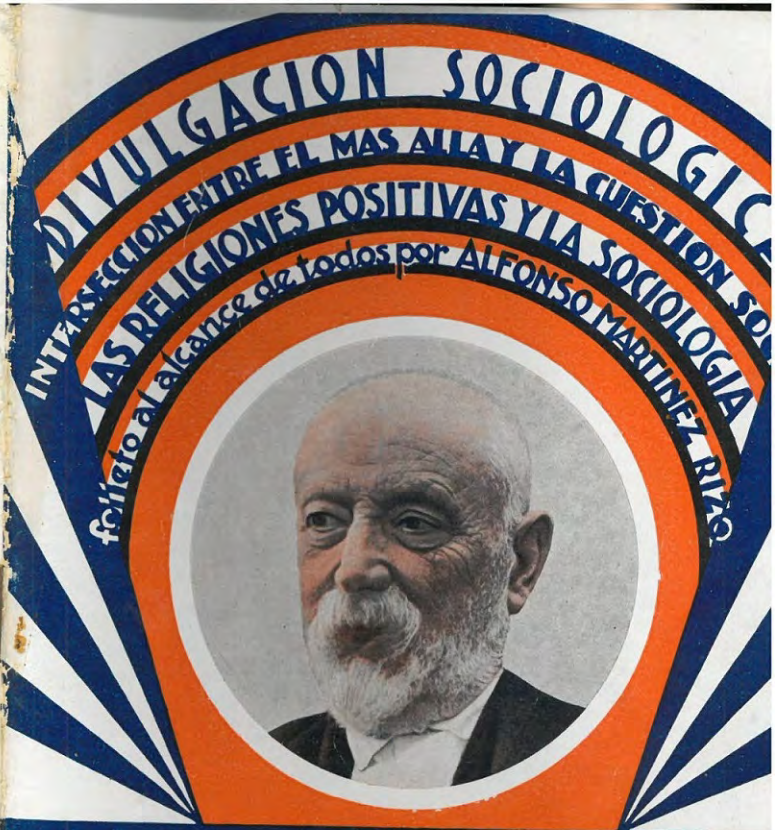
PRECIO: 25 CÉNTIMOS?

AEP - CDHS
BARCELONA

De venta en todos los
Quioscos de España

EDICIONES MAR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
BARBARÁ, 16 :: BARCELONA



LAICISMO

12º LAS RELIGIONES POSITIVAS DEBEN SER CUIDADOSAMENTE VIGILADAS. 35
LIBERTAD A LA CONCIENCIA INDIVIDUAL, PERO AISLADA DE LAS ACTIVIDADES ORDENADAS

DIVULGACIÓN SOCIOLOGICA

DIRECTOR:

ALFONSO MARTINEZ RIZO



FOLLETO 12

LAICISMO

*La gran batalla interior. El concepto de la divinidad.
Libertad individual de conciencia. Las religiones po-
sitivas. La social democracia. La riqueza de la iglesia.
Las órdenes religiosas. La moral cristiana. Enseñanza
laica y racionalista.*

En la portada, Nackers, el inolvidable librepensador

Folleto por

Alfonso Martínez Rizo



EDICIONES MAR

Barbará, 16
BARCELONA

01577



Es propiedad

LAICISMO

AEP - C
BARCELONA

La gran batalla interior

Para el hombre es la vida la tragedia de un continuo decidir: duda incesante frente a incontables premisas: batalla interior sobre el terreno del pasado que ha de decidir el porvenir.

Batallan en nuestro interior nuestras apetencias, nuestras ilusiones, nuestros cariños y las ideas preconcebidas, ante la efigie del instinto que se sonríe burlescamente de nuestra inteligencia, porque, casi siempre, se decide la victoria a su favor. Nuestra inteligencia es, generalmente, un simple testigo, un mero observador, que levanta los edificios de las ideas sobre los inseguros cimientos del conocimiento de los hechos y de las cosas.

Hay personas, la inmensa mayoría, que experimentan gran placer dejándose llevar a la deriva como pluma arrastrada por el viento, y para ellas la lucha interior no es dolorosa, sino hasta agradable, cual espectáculo ajeno diver-

tido. Pero quienes se dan cuenta de la trascendencia de la lucha, de su influjo decisivo en el propio porvenir, de las consecuencias que del acto más insignificante pueden derivarse, no ya solamente en cuanto a conveniencias, sino en cuanto a lo más altamente importante, que es la propia dignidad—la propia dignidad ante nuestra recóndita mirada interior—, para éstos la gran batalla constituye una tragedia continuada que impregna su vida de angustia cuando el ánimo es apocado, y de gloria épica cuando se goza de magnanimidad.

Pero en la batalla interior intervienen elementos absurdos, falsos e inexistentes, obra de la imaginación del hombre, verdaderos fantasmas que, pese a su inconsistencia, son generalmente los más fuertes, los que ejercen una preponderancia decisiva, los que triunfan.

Los fantasmas

En la gran batalla interior desempeña un importante papel la imaginación al servicio del miedo inventando fantasmas; creemos que son ejércitos los rebaños de carneros, y gigantes los molinos de viento, porque la lucha tiene lugar entre las tinieblas de nuestras incertidumbres. Peleando entre penumbras, no es de extrañar que nos equivoquemos respecto a la importancia de los diferentes combatientes, y de aquí nace el miedo.

El miedo es uno de los factores más importantes de la vida: el gran sembrador de supersticiones y de divinidades. Estudiemos someramente el miedo, creador de fantasmas y obra de ellos.

El temor es elemento indispensable en la gran batalla interior, en la decisión de nuestros actos. Su ausencia no es valentía, sino inconsciencia y temeridad. Hay que sopesar los términos de comparación, huyendo prudentemente de lo que no nos conviene, temiendo. Pero una cosa es el temor y otra el miedo. Porque éste nace del desconocimiento del problema, de las penumbras del campo de batalla que lo llena de fantasmas. La ausencia del miedo es lo que se llama valor. Pero esta ausencia solamente puede provenir de una inteligencia despierta que no deje actuar a la imaginación enferma creadora de fantasmagóricos engendros.

Contribuye a crear fantasmas, con la imaginación, el instinto.

El instinto es preponderante en el hombre y casi todos nuestros actos son instintivos, inhibiéndose ante ellos la inteligencia, que funciona meramente como testigo que dicta a la memoria lo que pasa y, a veces, tratando de enganarse a sí misma y refrendando con razones especiosas los hechos y prohibiéndolos como si fuesen obra suya.

Y el instinto, en muchas ocasiones, hace intervenir en la batalla interior fantasmas hereditarios o inculcados en nuestras mentes en nuestra educación infantil.

¡Qué tierno agradecimiento experimento al recordar que mi padre era librepensador y que mi madre mezclaba ideas espiritistas con devociones por San Pascual Bailón, encendía cirios el día de Difuntos, a la memoria de la hija que perdió, y rezaba alguna vez que otra en su memoria, pero no iba a misa ni a confesar y comulgar!

Pero quien nació de padres y de abuelos religiosos, aparte de la primera educación modeladora de la tierna inteligencia, hasta crear en ella reflejos instintivos, tiene indudablemente una propensión a complicar la lucha interior con los fantasmas de lo sobrenatural y, en definitiva, una compleción instintiva en cuanto a ideología que pone frente a su inteligencia fantasmas poderosos que pueden llenar de cobardía una vida.

El concepto de la divinidad

En todo acto vital, es decir, en cada momento de la vida, nos encontramos en plena batalla interior. Hasta el corazón que late sin que se lo ordene el cerebro, ante las emociones de éste, acelera sus latidos. Hasta el estómago y los intestinos autónomos sienten trastornos fisiológicos cuando el miedo se presenta dominador en la lucha.

En esta batalla interior que libramos incesantemente, siempre está presente el miedo como heraldo de lo desconocido, y sólo tras largo entrenamiento intelectual se consigue relegarlo a último término.

Pero cuando al miedo se le concede importancia suprema, cuando lo desconocido nos obsesiona, cuando los fantasmas adquieren proporciones gigantes, nace instintivamente en el hombre el deseo de congraciarse con dichos fantasmas, de hacérselos propicios, de someterse a ellos, confiando en su generosidad; y nace espontáneamente el espíritu religioso, que no es sino una concreción del miedo y, por lo tanto, una inhibición de la razón.

La imaginación exagera la importancia de los factores desconocidos y el miedo aconseja: "Son inmensamente más fuertes que yo: reconozcamos su potencia y tratemos de congraciarnos con ellos". De aquí el concepto de la divinidad.

El concepto de la divinidad nace del miedo a lo desconocido. Aun cuando, tras una larga evolución, después de haber pasado de ser un hecho indivi-

dual a serlo social, pueda afectar el concepto de la divinidad el más puro aspecto de misticismo que encienda un alma en amores divinos, el punto inicial de estos amores es el miedo hacia lo desconocido, transformado por la imaginación en un dios y adornado por ella con las cualidades más fantásticas.

Porque el fenómeno de la invención de dios es un hecho social en el que ha intervenido, aparte de la cobardía individual, propensa a seducir con sacrificios y oraciones el misterio, una serie de intereses, cálculos, egoísmos y conveniencias, entre cuyas finalidades ha influido decisivamente la necesidad de sostener sus irritantes privilegios en que se han visto los dominadores y monopolizadores.

Dios es burgués, o, por lo menos, una trinchera tras la que la burguesía se parapeta. Su invención es debida al espíritu burgués y tiránico que siempre ha existido. O, por lo menos, si surgió su idea en el ánimo individual, esta idea pristine ha sido perfeccionada y cultivada esmeradamente por todas las dominaciones y las explotaciones.

Hasta Robespierre manifestó que sin Dios era imposible gobernar un pueblo, e inventó la religión del Ser Supremo. Tal vez tuviera razón; pero ¿es que hace falta que los pueblos sean gobernados? A aquel sanguinario que tan extraño uso hizo de la autoridad, tal vez haya únicamente que agradecerle el que

derramando tanta sangre, dió cimientos solidísimos a la revolución.

Desde los tiempos más remotos, la idea de la divinidad fué punto básico de apoyo de todos los gobernantes. Las teocracias son las primeras manifestaciones de las tiranías. En Oriente se hacían adorar los reyes y en Egipto hacía Sesostris un símbolo sagrado de sus príapeos órganos viriles. Cuando en Roma florecía la incredulidad más absoluta, los emperadores eran adorados, después de morir, como divinidades; y hasta alguno transformaba en

Libertad individual de conciencia

Así como unos pueblos no tienen razón para inmiscuirse en las interioridades de los otros, debe ser respetada la libertad de conciencia de los individuos, especie de neutralidad frente a la gran batalla interior que en ella se da continuamente.

La conciencia de cada uno, frente a la de los demás, sólo tiene un mecanismo de actuación o de reacción: la discusión razonada que conduzca al convencimiento.

Esto en cuanto a la relación de unos individuos con otros; pero en cuanto a la relación de las organizaciones sociales con los individuos, hay que distinguir tres puntos importantes: primero, la ausencia de toda coacción; segundo, la garantía de que la coacción no será ejercida por otros individuos u organizaciones mediante el engaño; tercero,

dios a su guapisimo amiguito Antinoe, muerto ahogado en el Nilo.

En la actualidad, todos sabemos la estrecha alianza que existe entre la religión, la autoridad y el capitalismo. El proletariado, víctima de ese triángulo nefasto que hace de su vida una tortura para que unos cuantos zánganos se den la gran vida y satisfagan sus insulsas vanidades, es lógico que encueñe razonables las palabras del alcañán Juan Most cuando afirmaba que toda autoridad celestial o humana debe desaparecer, desde Dios hasta el último gendarme.

la difusión de la cultura, que es la gran robustecedora de la conciencia humana.

La razón impone el más profundo respeto al modo de pensar de los demás, aun cuando estemos convencidos de su equivocación; porque ya hemos dicho que un estado de conciencia es una disposición táctica en la lucha. Si el miedo prepondera y recibe adoración al concretarse en un dios, debemos compadecer la debilidad espiritual de quien así piensa y, si podemos, de buena fe, intentar deshacer su error; pero tal estado de conciencia debe merecer todo nuestro respeto. ¿Quién puede de vanagloriarse de no haber sido nunca víctima del miedo? ¿Quién está absolutamente desprovisto de él? Hasta en las mentes más luminosas se ha presentado a veces con interrogantes el fantasma de la divinidad.

Además, toda conciencia sensata, puesta frente a otra conciencia, debe admitir la posibilidad de la propia equivocación.

El Estado, mientras el Estado exista, debe abstenerse de ejercer toda coacción contra las conciencias de sus súbditos. Este principio fué incorporado a los derechos del hombre por la gran Revolución, y es generalmente reconocido y aceptado hoy por todos los hombres civilizados de la tierra.

No obstante, el Estado, al ser en el sistema capitalista actual el aliado y defensor del capitalismo, tiene una sistemática propensión a favorecer a las religiones positivas, contribuyendo a la coacción que éstas ejercen y favoreciendo su difusión por todos los medios a su alcance.

Al hablar de la libertad del pensamiento, no hay que preocuparse en absoluto de la violencia que pueda ser empleada contra ella. Porque el pensamiento es libre por propia naturaleza y la violencia podrá lograr que se oculte, que se cibre contra sus dictados, que se mienta; pero la violencia no puede alcanzar a modificar un pensamiento, porque eso solamente puede lograrse por el convencimiento.

Peró la relación entre las organizaciones sociales y las conciencias individuales no debe limitarse a reconocer a todos la libertad de pensar como quieren, ya que lo harán así de todos modos, ni a prescindir del empleo de la violencia para que las obras y palabras no respondan al pensamiento interior, sino que, además, el principio de la libertad de conciencia sería pura abstracción si no se permitiese su expresión. El pensamiento no delinque al

manifestarse y, contra el sistema adoptado por todos los gobiernos burgueses del mundo, que reconocen el principio, pero lo tachonan con incontables excepciones legales, no debe existir figura de delito en cuanto se hable o se escriba.

Cuando los Estados desaparezan, sustituidos por una mutualidad nacional primero y mientras llega la mundial, destinada a llenar los servicios públicos de interés común y ejercer la función coordinadora de las actividades humanas, al desaparecer los egoísmos burgueses, podrá brillar en todo su esplendor la libertad del pensamiento.

También hemos manifestado que el Estado debe evitar que el pensamiento individual sea coaccionado por el engaño y la mentira.

Ante la absoluta independencia de cada conciencia, cuando una persona convence a otra sobre determinado punto, no se puede nunca determinar si lo engaño o lo sacó de un error; pero sí se puede averiguar si intentó convencer de buena fe, por puro interés ideológico, o si perseguía un lucro. Existe, pues, una clara distinción de cuáles son los límites de la intervención represiva que debe permitir toda difusión de ideas y todas las predicaciones cuando sean desinteresadas, pero debe prohibir todas aquellas que persigan ganancias, así como las que persiguen otras ventajas, aunque no sean directamente económicas.

Finalmente, hemos dicho que a las fuerzas sociales les corresponde la difusión de la cultura, firme cimiento de conciencias libres, puesto que al desaparecer la ignorancia se van muchos

fantasmas de la imaginación. Pero la cultura no ha de ser eso que se llama cultura sin serlo, esa incultura disfrazada, esa enseñanza religiosa que asegura que el amor de Dios es el principio de toda sabiduría, como si pudieran confundirse el corazón que ama y el cerebro que piensa.

Claro es que no se puede esperar que ningún gobierno burgués cumpla con

su deber en este punto concreto y la enseñanza racionalista, la verdadera propulsora de cultura, nos la hemos de buscar nosotros en la iniciativa particular, esperando a que llegue el día en el que la farsa actual caiga hecha polvo, corroída por la carcoma que la mina interiormente, cuando la verdadera cultura se difunda por la gran masa del pueblo.

Las religiones positivas

Cuando pasamos del hecho individual al hecho social, nos encontramos ante las religiones positivas que constituyen uno de los hechos históricos más típicos y son como una enfermedad congénita de la humanidad.

Su génesis ha sido de lenta elaboración, en la que ha tenido siempre fuerza decisiva el deseo de dominar.

En el primitivo origen de las religiones, hay casos históricos perfectamente estudiados, que demuestran nuestro aserto y, prescindiendo de la ingenuidad de que está impregnada la historia de Abraham y del engrandecimiento del cristianismo cuando un emperador lo utilizó como arma política, únicamente nos referimos de pasada a los orígenes de la teogonía griega.

El alma griega, atónita ante los misterios de la naturaleza, los divinizó y sus dioses eran todos representativos. La Grecia primitiva adora al sol, a quien llamaba Apolo, y al mar, a quien llamaba Neptuno, y al valor personal, a quien llamaba Marte, y a la belleza

femenina, a quien llamaba Afrodita. Pero esta teogonía fué complicada con numerosos incidentes y los hechos tuvieron personalidad individual en forma de que Afrodita ya no era la idea abstracta de la belleza de la mujer, sino una diosa individualizada, dotada de una vida especial, y lo mismo todos los demás dioses. ¿Pero sabéis el motivo de esta encarnación de las ideas en seres vivos e inmortales?: La ambición y el deseo de dominio de los jefes de los diferentes pueblos que pretendieron descender cada uno de un dios, para disfrutar sobre la tierra, entre los demás hombres, de algunas de las ventajas de la divinidad y, sobre todo, dominar. Así como pueblos enteros suponían también descender de dioses o de héroes inmortales.

Los jefes locales de Homero se llamaban "los buenos, los justos", y su conciencia de diferenciación social se fundaba en su nobleza, pretendiendo cada eupátrida pertenecer a una familia distinguida, descendiente de un dios,

y los dorios, todo un pueblo, pretendían ser descendientes de Heracles.

Tras de esa síntesis misteriosa del nacimiento, paralela a la de la organización de los Estados, la religión fué cultivada y perfeccionada día tras día como una fuerza social al servicio de los poderosos.

Pero la organización que ha nacido al calor de cualquier religión positiva, se ha transformado muchas veces en un poder que hasta a los mismos poderosos ha dominado a su vez.

En tales condiciones, todas las transformaciones sucesivas en las formas estatales y en las religiones positivas, se han influido mutuamente y han sido, durante mucho tiempo, los dos amos del mundo que han tiranizado a la inmensa mayoría de los hombres, hasta que ha aparecido en la historia el otro signo de dominación, que es el capitalismo, y los tres elementos, Estado, religión y capital, han formado el triángulo de opresión que constituye la actual organización social.

Entretanto, cuánta sangre vertida, no ya por la ambición directa de unos u otros, ni por la codicia de determinados elementos, cosas condenables, pero explicables, sino por disparatadas ni-miedades religiosas...

La religión, que siempre suele aconsejar "virtudes" a la medida de la conveniencia de los de arriba, difundida en las masas mediante un largo cultivo secular, es la fuerza más potente, el sustentáculo más eficaz del capitalismo autoritario. Mientras los cerebros de incontables inconscientes estén llenos de temores fantásticos, todos propensos a su docilidad, los poderosos dispondrán de otros tantos borregos a

quienes gobernar a su capricho o a su conveniencia.

Pero, respetando en absoluto su conciencia individual, el hecho social constituido por las religiones positivas, debe ser condenado en absoluto por cuanto dichas religiones se fundamentan en una organización acumuladora de riqueza y de poder.

En ellas se ejerce una coacción continua, un proselitismo permanente, una catequesis incesante, y no desinteresadamente, por deseos de propagar la que ellos dicen que creen ser la verdad, sino para acumular la riqueza y el poder, es decir, una de las coacciones ilegítimas no deben subsistir.

Pero hasta en alguna de ellas, en la religión que más padecemos en España, contrasta ese poder, acompañado de la mayor soberbia, y esa riqueza que se complace en la ostentación, con sus predicaciones, que recomiendan la humildad, santifican la pobreza y aseguran que hay que dar al César lo suyo, porque el reino de Dios no es esta tierra.

De padres a hijos se ha venido cultivando la religiosidad con todo esmero, y cuando el niño empieza a balbucir, se le enseñan las primeras oraciones, cuyo recuerdo irá siempre unido en la conciencia al sacrosanto cariño hacia la madre.

Los heroicos trabajos de Hércules son una pequeña comparación con los necesarios para curar a la sociedad actual de esta lepra, para limpiar los establos nacionales de tanta inmundicia.

El miedo a lo desconocido, que se agiganta en las conciencias débiles, está puesto en esta forma en explotación organizada para que siga viviendo en

el mundo la injusticia. Pero ese miedo, que era racional en los pueblos primitivos, cuando la ciencia ha alcanzado la altura actual resulta injustificado, por lo que la organización tiránico-capitalista se ha esforzado en mantener la incultura en el pueblo, para que sus cerebros sean tan primitivos como los de los hombres prehistóricos o los de los negros del centro de África.

Pero, como hombres así serían inútiles en la organización actual, se ha ideado la falsa cultura, y se enseña a los niños en las escuelas lo que a la burguesía le conviene que aprendan, y, sobre todo, religión.

Y las religiones positivas han intentado apoderarse de la enseñanza, creando grandes establecimientos, en donde se les saca el dinero a los ricos y se les da enseñanza gratuita a los pobres, idiotizándolos a todos con agobiantes ejercicios religiosos y modelando cuidadosamente sus almas infantiles en la humildad, el respeto, el temor, la delación y el aborregamiento.

Todos conocemos la heroica lucha que hemos tenido que sostener para vencer los escrúpulos que de niños sembró en nuestra alma una educación que propendía a castrarlos moralmente. Si el autor no sufrió sugerencias religiosas por parte de sus padres, padeció la enseñanza primaria y secundaria en uso en España en aquellos lejanos años y ha tenido que ir arrancando después uno a uno, a jirones, los prejuicios que aquellos dómines le clavaron en el alma.

He aquí en qué estado sale un niño de la escuela cuando, hecho un hombrecito, se lanza a la vida. Son las virtudes más recomendables la paciencia, la modestia y la humildad. Ambición es palabra fea, que suena mal. La buena educación se traduce en una serie de ridículos formalismos de abdicación y de servilismo. Nada más feo que destacarse, desentonar, sea por lo que sea. Haz bien y no mires a quién. Cuando te den una bofetada, presenta la otra mejilla.

Todo esto, aunque siendo yo un chiquillo me sentía ya orgulloso de ser librepensador, era un lastre terrible sacado de la escuela, tal como funcionaba generalmente en España, empapada completamente en los prejuicios derivados de la religión, y he necesitado sufrir muchos desengaños en la vida hasta irme enterando de que la paciencia es tan santa como el legítimo orgullo y la noble ira, elementos sin los que el hombre es un borrego. Que la ambición es el móvil de todas las grandes acciones, la ambición legítima de un espíritu noble. Que nada hay más admirable que una personalidad destacadada. Que se nos aconsejaba hacer el bien para dejarles a los poderosos el monopolio del mal.

Esta educación la recibí en escuelas corrientes, y únicamente estudié dos años con los Escolapios; ahora bien: ¿no horroriza pensar en el estado de la conciencia de un niño empapado de religiosidad en su casa y educado luego en un colegio religioso?

La social democracia

Hablemos ahora, señalando claramente, de la iglesia católica.

En su ansia insaciable de dominación y en su deseo de aumentar sus adeptos, que se les van de entre las manos, se han acordado allá en Roma, entre la áurea fastuosidad pontificia y el lujo portentoso cardenalicio, de que Cristo era pobre y sus discípulos trabajadores, y han proclamado una cruzada obrerista para defender a los proletarios de las injusticias sociales.

Sus predicaciones son muy extremistas. Todo lo extremista que se pueda mientras sean compatibles con la autoidad y la iglesia.

Así pretenden matar dos pájaros de un tiro: evitar que los pobres de espíritu acudan a las legítimas asociaciones proletarias, que son sus enemigas, y organizar un cuerpo amarillo de esquirolas.

Las religiones positivas continúan su marcha insidiosa, utilizando todos los equívocos, tratando de introducirse en todas partes, de intervenir en todo. No pueden consentir que su dominación se-

cular decaiga. Cuando pueden, triunfan violentamente, quemando a sus adversarios en las hogueras de la Inquisición o haciendo que los políticos los hagan fusilar en los fosos de Montjuich. Cuando carecen de fuerza, de la fuerza bruta, recurren a la astucia, que es fuerza también.

Son los enemigos irreconciliables, porque representan la quincagesencia de la farsa y la hipócrita dominación. Cada escalón que conquistamos en nuestra lucha reivindicatoria, encontramos enemigos que se transforman "velis nollis" en aliados; pero éstos no claudicarán jamás. Y si fingen hacerlo y se presentan como amigos, es que traen el alma de Judas, que era de la compañía de Jesús.

Ahí tenéis a Ossorio y Gallardo, el hombre de la democracia cristiana, caudillo aparente de toda justicia e idea generosa, fusilador de Rull ante la única defensa de Alomar, perseguidor rencoroso de subordinados, gobernador de Barcelona en la represión maurista de la gloriosa quema.

La riqueza de la iglesia

Hay un refrán italiano que dice: "Roma veduta, fede perduta". Porque el lujo y la ostentación de la iglesia, la soberbia del papa, las intrigas de la corte pontificia y la vida licenciosa

del clero, son elementos capaces de desilusionar a cualquier incauto que contemple tal cuadro.

Cuando murió Borgia, el papa español envenenador y amante de su hi-

ja en rivalidad con su otro hijo, aseguraban los católicos que sus crímenes demostraban la divinidad de la iglesia, ya que ni ellos eran capaces de destruir su prestigio.

No era éso, sino que se trataba de hábiles adaptaticios a las circunstancias, y de borregos que debían juzgarlos.

Pero el alma imparcial que juzgue la riqueza de Roma y que piense que se obtiene explotando la memoria de quien dicen que nació en un pesebre y aconsejó que se abandonasen las riquezas, al ver al viejo pontífice recibiendo donativos de millones, sentado en trono de oro, vestido de seda y honrado con los honores máximos, mientras hay en el mundo quien se muere de hambre y hasta—lo que es peor—quien vive una larga vida siempre hambriento, sin conseguir morir, al contemplar estos contrastes, la indignación ruga en nuestros pechos y sentimos ahogos de inmenso desprecio por la humanidad que lo consiente.

Es la cosecha de la siembra de engaños y mentiras en la educación. Es la explotación de la viña del Señor,

que ellos se han asignado a sí mismos. Es el resultado de la estultez de incontables personas que, esclavizada la conciencia desde la infancia por una educación orientada hacia la explotación sistemática de la humanidad, no han sabido sobreponerse a los prejuicios sembrados en sus tiernas almas y continúan ceñidas al yugo de la mentira, contemplando impasibles ese cuadro de vergüenza.

Solamente el laicismo—el del Estado y el de la escuela — puede acabar con la insolencia insultante de esa riqueza secuestrada a los productores, por si fuese poco la parte del león que los burgueses retiran.

El escándalo de la riqueza de la iglesia es la suprema razón que abona al laicismo, si se prescinde de la cuestión social.

Pero, dentro de la iglesia, formando parte de ella, aunque con cierta independencia que, en ocasiones, se convierte en dominación, cual ocurre con los jesuitas, están en la iglesia católica las omnipotentes y multimillonarias órdenes religiosas.

Las órdenes religiosas

Hay unos individuos que pretenden dedicarse exclusivamente a Dios y consagrarse con exclusividad a la oración. Como esto no es un trabajo rudo, ni siquiera un trabajo leve, resultan ser unos prójimos que han decidido consagrarse a la vagancia.

Pensará el cándido en que si no trabajan no podrán comer, sin acordarse de que en la actual organización social, quien más trabaja es quien menos come, y viceversa. Esos individuos han montado su tinglado a la sombra

de la iglesia y viven tan ricamente sin trabajar.

Pero la burguesía les ha dado eloquentes lecciones, y todo dinero que se atesore es poco. No les basta con las limosnas de los idiotas que tratan de comprar el descanso eterno a los traficantes de ultratumba, ni con las herencias de las viejas catequizadas y agradecidas a sus caricias impúdicas, ni con lo que cobran del Estado, y montan industrias en las que consiguen no pagar impuestos, hacen trabajar a los asilados de balde, contratan creyentes con salarios mínimos y hacen, en una palabra, trabajar a los demás, puesto que aseguran que el trabajo ennoblece y dignifica, y ellos siguen en su agradable adoración del dios Baal.

Fabrican licores, medicinas, todo género de artículos, y también se dedican a la enseñanza en la forma señalada.

Otras veces se introducen en los asilos, hospitales y cárceles y cobran retribuciones y manejan los fondos de rancho y lavado de ropa y engordan cerdos con el sobrante de rancho y, de paso, catequizan.

Pero también tienen sus especialida-

des de confesar ricos sin herederos directos, de captar herencias, de hacerse amistades, de explotar secretos, de ejercer el "chantage" de gran envergadura y de alcanzar tal prestigio dentro de la iglesia por ser sus artes tortuosas modelo de modelos, que se imponen hasta a la santa sede, y su superior es llamado el "papa negro".

Estos últimos son los jesuitas, que hicieron asesinar al primer rey de la casa de Borbón, Enrique IV de Francia, fueron expulsados por los Borbones de todos sus Estados y luego lograron conquistarlos de nuevo y hacer de ellos monigotes obedientes entre sus sucias manos, hasta el punto de ayudarles a caer en España, aunque ellos sigan aquí siendo los amos.

Si debe ser sagrada la libertad de conciencia individual, para lo que debe impedirse la propaganda de ideas religiosas con el fin de lucro, y si, como consecuencia, deben ser perseguidas las religiones positivas, las órdenes religiosas deben ser castigadas por su vagancia, complicada con el timo organizado, y los jesuitas deben ser exterminados como bichos venenosos.

La moral cristiana

No es sólo lo malo la existencia de las religiones positivas por la explotación que representan. Hay también la intoxicación que han ocasionado a las conciencias creando la moral cristiana.

La moral, como norma de conducta,

para nosotros sólo tiene un sentido, no de deber ni obligación, sino de estética: el de la generosidad. Pero sobre los estrechos cánones de las religiones positivas, ha sido creado un código que clasifica a los actos en buenos y malos.

Y no es lo triste el que se le asignen a los actos calificados de malos, terribles castigos de ultratumba, que no nos dan frío ni calor, sino el que la moral cristiana ha impregnado la vida y las leyes y nos encierra en una estrecha jaula entre cuyos hierros podemos ver la inmensa grandeza de la vida, sin poder disfrutarla.

En la ruda batalla interior, cada momento de nuestra vida asistimos a la determinación de la conducta, que es el resultado de los diferentes factores que intervienen: apetencias, pasiones, conceptos, instintos y circunstancias del momento. En las decisiones hay un factor personal que es el modo de ser, del cual no tenemos culpa alguna, pero fuera de ello, son siempre fuerzas ajenas a nosotros las que nos arrastran, por lo que no puede existir responsabilidad al no existir causalidad. La moral, aunque ya estaba inventada antes de Cristo, como consecuencia de la idea de la divinidad, fué ensuciada por la casuística y el ergotismo, y así hemos llegado a la moral cristiana, que no es sino una condensación de tartu-fismo.

Enseñanza laica

Si queremos redimir la humanidad de las lacras que la conducen a la explotación del hombre por el hombre, a la esclavitud de las conciencias, a la preponderancia de los frailes y al predominio de los jesuitas, es indispensable que la enseñanza sea absolutamente laica.

Lo más grande y poderoso del hombre, cual es el instinto sexual, con pudibundeces de origen judío, ha sido condenado como pecado nefasto y nos avergüenza, como consecuencia de una educación secular, lo que los griegos consideraban como la cosa más natural del mundo.

Y la inicua explotación social, la tiranía de los poderosos imponiendo la organización capitalista, en combinación con la moral cristiana en cuanto se refiere al sexto mandamiento y con la naturaleza poligámica del hombre, ha dado nacimiento a lo más inicuo del capitalismo, a lo más repugnante del autoritarismo, a lo más repulsivo de la organización actual: la prostitución.

¡Sí! La prostitución es la consecuencia más vergonzosa de la organización capitalista; pero no existiría sin la moral estrecha y ridícula cristiana; si siguiera imponiendo el concepto griego del instinto sexual.

Además, la moral cristiana es el conjunto de todas las cobardías, renunciaciones y aborregamientos que hemos señalado hablando de la escuela.

Hay que quitarle al maestro el derecho a moldear las conciencias de los niños con los rancios prejuicios cristianos ni con otras supersticiones semejantes.

Es indispensable crear hombres, en vez de borregos.

Claro es que los poderes no lo pue-

den consentir y que el laicismo de las escuelas será en todos los Estados burgueses algo fingido y contrahecho. Pero nos queda el recurso de crear nosotros las escuelas laicas por nuestra cuenta, para nuestros hijos.

Y no es necesario crearlas, puesto que ya existen; pero hay que multiplicar su número y procurar por todos los medios que acudan a ellas cuantos más niños mejor.

Pero; a más de laicas, han de ser racionalistas

Pero no basta que sean laicas, sino que, además, han de ser racionalistas.

Es indispensable que el niño crezca libre de prejuicios, sin albergar en su mente el temor supersticioso a los fantasmas. Sin la idea dañina de la divinidad.

Es indispensable hacer para el mañana hombres que no crean en los falsos dioses y abominen de la tiranía. Valientes, rebeldes y soberbios, lleno el corazón de impaciencia y de nobles ambiciones. Luchadores heroicos para el porvenir, que preparen el día consagrado a barrer toda la basura de ricos, tiranos y curas. Hay que continuar la grandiosa obra de Ferrer, el mártir de Montjuich.

La Escuela Moderna nos ha dado la actual generación de bravos luchadores que en Cataluña encauzan a las masas por caminos redentores.

Hay que continuar su obra, cueste lo que cueste.

No dispondremos de un legado que nos facilite, como a él, los medios materiales para la realización de tan gran obra. Pero tenemos entre nuestras ma-

nos los resortes de la supercooperación que es de una fuerza portentosa.


Fórmese una guilda de enseñanza racionalista, con una cuota de dos reales mensuales de cada asociado, para formar un capital chatelusiano destinado exclusivamente a material.

Con ese material, financiada la operación con el capital chatelusiano, establécense la escuela en forma de cooperativa, pagando los alumnos una cuota ligeramente superior a la correspondiente a los gastos para asegurar el que siempre sean cubiertos. A fin de ejercicio se repartirá el sobrante proporcionalmente a lo abonado, según la fórmula de Rochdale.

Los maestros se limitarían a cobrar el sueldo que les asignase la entidad y la enseñanza resultaría por su estricto costo sin beneficio para nadie.

Y podrían ser educados allí nuestros hijos, aprendiendo desde la más tierna infancia a ser anarquistas y ateos.

Y si hace falta un nuevo Ferrer para ser fusilado, yo os aseguro que se encontrará.



En vista del éxito cada vez más rotundo de esta serie de folletos de Divulgación Sociológica, los quiosqueros, por iniciativa propia, con plausible espontaneidad, han establecido depósitos de todos los folletos, para facilitar al lector su colección. Pida, pues, en cualquier parte:

- 1.º El socialismo español. - 2.º Anarquismo - 3.º Sindicalismo - 4.º Comunismo - 5.º El problema catalán
6.º Jesuitismo - 7.º Federalismo - 8.º Capitalismo.
9.º Cooperativismo - 10. Fascismo.
11. Pacifismo



C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

El próximo folleto tratará acerca del
PISTOLERISMO
Historia del terrorismo
Revelaciones de gran sensación

